

## «GOD SAVE THE KING»

# UNA REFLEXIÓN SOBRE RITUALES Y ARQUETIPOS CULTURALES

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Ricardo Sanmartín Arce\*

Durante los últimos meses, hemos oído repetidas veces la expresión «God save the King», con motivo de la sucesión de Carlos III al trono del Reino Unido, tras el fallecimiento de su madre la reina Isabel II. La prensa y la televisión han mostrado ampliamente la serie de actos con los que se ha llevado a cabo el cambio en la jefatura del Reino Unido y de la Commonwealth. Todo se ha producido conforme a derecho y respetando los deseos de la reina Isabel. El protocolo ha sido cumplido. *La Reina ha muerto, ¡viva el Rey!*

Sin embargo, tan exacta y perfecta celebración, tan previsible en todos sus pasos, merece una comprensión de su significado más allá de la mera información que nos transmite la noticia. Conviene hacerlo, no solo por tratarse de un hecho histórico relevante, sino también porque puede ayudar a entender la complejidad de los procesos simbólicos del imaginario cultural, gracias a los cuales sentimos como ciudadanos que lo que acontece es lo que parece, y significa lo que nuestro corazón nos dice con naturalidad. Sin embargo, lo que solemos tomar como la simple verdad de los hechos, en realidad, es fruto de un veloz encadenamiento de procesos en gran medida inconscientes, a la vez que es un resultado de la historia y la cultura.

No describiré el ritual, pues ha sido ampliamente difundido por los distintos medios de comunicación en todo el mundo y que, por tanto, cabe ver y escuchar de nuevo entrando en distintas páginas de internet. Solo destacaré

---

\* Sesión del día 14 de febrero de 2023.

aquello que estime necesario recordar para mostrar los procesos del imaginario con los que la cultura crea el significado del acontecimiento. Aunque me referiré brevemente a la historia, no soy historiador, no pretendo esclarecer los hechos acontecidos, ni posicionarme políticamente. Encaro el ritual como parte de la cultura, como un campo tradicional de estudio para la Antropología Cultural, muy próxima a la Sociología, a la Historia y a la Psicología, centrada en la interpretación no solo de *otras* culturas, sino poniendo la propia tradición Occidental bajo la lupa que ya Vico subrayó en 1708, cuando vislumbraba como fuente de datos relevantes para su *arte de la prudencia* el espíritu que la propia sociedad muestra sin darse cuenta y, por ello, aconsejaba mirar allí donde los propios autores de la historia actúan, pero sin verbalizar su imagen de lo humano.

### CONTEXTO DE LA REFLEXIÓN

La reina murió el 8 de septiembre del 2022, día de la Natividad de la Virgen también en la Iglesia Anglicana. Tras setenta años en el trono, su muerte dio fin al segundo reinado más largo de la historia, tras el de Luis XIV de Francia. En el curso de tan dilatada duración se han sucedido muchos cambios históricos, no solo políticos o económicos, sino también científicos, sociales y culturales que han afectado a la vida cotidiana de varias generaciones. Esa continuidad monárquica, paralela a los cambios sociales de la era isabelina –probablemente la de mayor bienestar occidental– une dos cualidades opuestas de hechos de gran trascendencia: la volatilidad de lo moderno y la constancia del reinado. Han sido muchos los ciudadanos que, dentro y fuera del Reino Unido, se han referido espontáneamente a esa larga duración como base de su percepción del suceso. A lo largo de toda su vida no han conocido a otra reina. Sin duda, se trata de un rasgo importante para comprender el marco contextual del significado del rito. Su madre –la reina madre– tuvo una vida centenaria, pero no un reinado tan dilatado. Aunque la vida dure más que el cargo, se trata de dos fenómenos diferentes. En la vida pública, la relación entre la persona y el cargo siempre es tensa y asimétrica. Aunque pese más el lado público que el privado en la creación del significado histórico, nuestra cultura occidental ha concentrado una gran atención sobre la idea de persona. Como ya destacó Lisón en su discurso de ingreso en la Real Academia de Cc. Morales y Políticas citando a los autores del Barroco, todo rey «tiene y representa dos personas, una pública, y otra particular [...] un mismo ser como los demás hombres, otra, por favor del cielo, para gobierno y amparo del bien público»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> LISÓN TOLOSANA, C., 1991: *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*. Espasa Calpe, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 75-76. Véase KANTOROWICZ, E., 1985 (1957): *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid, Alianza Editorial.

No solo de la monarquía, sino de toda figura pública, cabe subrayar cierta dualidad y la tensión que nace al unir esas dos dimensiones culturales. En realidad, cabría generalizar a todo ciudadano esa tensión, en la medida en que cada cultura distingue y separa círculos de pertenencia de los que se derivan normas de conducta con diferentes sanciones que afectan a la construcción de su identidad. Entre la *persona*, siempre inacabada, y las múltiples objetivaciones que se comparten al ser categorizada desde la imagen de cada rol social, todo actor sufre esa tensión identitaria. Quizá, en el caso de los políticos, líderes económicos y culturales sea más visible esa tensión –sobre todo hoy, tras la expansión de las redes sociales– cuando irrumpen con fuerza acusaciones de corrupción. Con todo, el hecho de ser *persona* y la fuerza de los deberes con los que se constituye, ya implica la separación entre dentro y fuera, privado y público, aunque la frontera y los contenidos categoriales sean menos nítidos y más fluidos de lo que la propia cultura nos hace creer. Obviamente, en el caso de un monarca destaca esa doble dimensión y el modo en que ha cambiado a lo largo de setenta años.

El reinado de Isabel II ha sido siete años más largo que el de la reina Victoria y hay que contemplarlo en el marco de un país en el que solo ha tenido un breve período de diez años como república (1649-59) con Oliver y Richard Cromwell. La estabilidad de Isabel II destaca de modo ejemplar la vocación monárquica de su historia, aunque la grandeza del imperio en la época victoriana se vea ahora minorizada al replegarse la Commonwealth como símbolo diplomático. Obviamente, en la larga historia del Reino Unido, el hecho monárquico no ha sido homogéneo ni calmo, sino resultado de un equilibrio tenso entre absolutismo y parlamentarismo, entre proclamaciones reales y leyes parlamentarias, una pugna entre formas de entender la soberanía. Solo pretendo situar el caso ritual en el contexto cultural, y eso implica recordar el marco histórico pertinente para comprender su significado. Si hoy son muchas las monarquías parlamentarias no podemos olvidar que han logrado serlo perdiendo el absolutismo ante el empuje democrático de la Historia. La duración ha puesto de relieve contrastes entre el pasado y el presente, entre continuidad y adaptación que afectan a lo que hoy significa no solo la acción ritual, sino la historia, la institución monárquica y los valores en el espíritu de la época.

La difusión de la electricidad, la radio, el teléfono, la aviación, el cine, la televisión o los electrodomésticos en general (frigoríficos, lavadoras, etc.) ha supuesto un impacto en la transformación del estilo de vida que ya ha sido superado por el de los ordenadores, internet y los móviles. Desde su perfil en sellos y monedas al móvil, la imagen de los monarcas ha resultado tan accesible que casi se ha vuelto transparente, a pesar de la distancia del protocolo o del grosor de los muros de palacios y castillos. La tensión entre *persona* y *rey* hoy se ha hecho máxima.

Gracias a esa difusión tecnológica, millones de ciudadanos del Reino Unido, de la Commonwealth y del mundo han podido observar con detalle el funeral de la reina Isabel II. Sin embargo, eso no ha excluido la presencia física de miles de ciudadanos en la capilla ardiente de la reina, tras largas horas de espera o agolpados en varias filas para contemplar, en respetuoso silencio, el paso del armón con sus restos mortales. El hecho no era una mera noticia, sino una realidad histórica cuya fuerza reside en su hacerse, en acontecer, pues es al cumplirse en los hechos como consta el despliegue de la energía de lo que acontece, y es entonces cuando puede concienciarse y aprehenderse mediante la participación. No es una información, sino un ritual; no es algo que se sabe, sino algo que se hace.

### **EL RITUAL**

Los ritos los hacen personas, personas que participan encarnando con su acción símbolos que vehiculan contenidos importantes, valiosos, muchos de los cuales no sabrían explicitar quienes los realizan. Los ritos son un caso excelente para estudiar lo que indicaba Vico, pues son acciones expresivas que dan cuerpo, más allá de las palabras, a contenidos cargados de un complejo significado que ha ido configurando la historia colectiva del grupo. Se trata de contenidos analizables, pero que no son creados para ser analizados, sino para vivenciar significados en gran medida inefables, pero vitales para la frágil consistencia de toda identidad personal y colectiva. Más allá de nombrarse uno a sí mismo, o de nombrar al grupo, el actor social necesita sentir su realidad, notar el impacto de algo que efectivamente es, y hacerlo en un contexto público, social, contribuye a su objetivación. Su existencia se da en esa realización envolvente de los participantes, pues es en la participación donde culmina el significado de los ritos. De ahí que no quepa en palabras y sea necesaria esa acción, la acción ritual. Al penetrar en el símbolo –por desvanecer inconscientemente el significante– se accede a la energía que el símbolo porta, aquella que la fe puso al crearlo a lo largo de su historia compartida, pues es en ese contexto temporal donde se incoó lo que ahora culmina. Todo rito, como todo símbolo, necesita ser interpretado –no copiado, nombrado ni tan siquiera fotografiado– porque el ser de su contenido no es material.

La reina es llevada desde Balmoral a Londres. Su cuerpo se transporta sobre el suelo de la nación obedeciendo y cumpliendo los principios legales, y acude a la capital, sede de la jefatura del Reino Unido y de la Commonwealth. El cuerpo, como resto de la persona que ya no es, sigue sometido a los imperativos del símbolo que encarnó en vida. Inmóvil por la muerte, la voluntad real queda ahora sustituida por la voluntad colectiva de la ley y el rito. Su cuerpo, sometido aún a esa unión entre su dimensión privada y su dimensión pública, va desde Balmoral a su domicilio oficial en Buckingham, y al palacio de West-

minster, custodiado por la guardia para recibir la visita interminable del pueblo. De allí irá obedientemente a la Abadía de Westminster para el oficio religioso dirigido por el arzobispo de Canterbury, con jefes de Estado, primeros ministros y personalidades de todo el mundo. Una vez entra a hombros, el cetro, el orbe y la corona –símbolos reales y del origen divino del poder, que yacen sobre féretro– los toma el arzobispo y los deposita sobre el altar, lee todos los títulos que abandona con su vida la reina y declara que pasan a su hijo el rey Carlos III, quien escucha emocionado el himno nacional. El rito termina en el castillo de Windsor, la sede de la dinastía, en la intimidad de la familia, donde reposa el duque de Edimburgo, los padres de la reina Isabel y su hermana.

La reina yace sobre el armón. Los médicos han certificado su defunción. Su progresiva fragilidad parecía anunciar un cercano final de toda su energía entregada al servicio del reino. Esa entrega ha sido enormemente valorada por todos los comentaristas, así como por quienes, entrevistados o de modo espontáneo, han opinado sobre el acontecimiento. Y ese valor reconocido ha desplegado toda su energía moral acallando a miles de personas que participaban encarnando y entregando en reciprocidad la energía moral de su respeto con su silencio. Solo dos hombres fueron arrestados por alterar el orden con protestas republicanas ante el féretro de la reina.

El rito no lo hace la reina en la soledad de su muerte, no lo hace el rey y su familia, no lo hacen los funcionarios de la nación solamente, lo hemos construido entre todos dejando la pequeña piedra de nuestra participación sobre el túmulo ya iniciado por la historia. El silencio, la gestualidad, el esfuerzo popular de la espera día y noche a la intemperie, son resultado del sentir de los participantes, al ver en el acontecimiento un hecho irreversible que ha afectado a su sentido de la vida y a su lugar en la historia, y por ello a su identidad.

Todo el proceso queda sobredeterminado por la ingente suma símbolos que se despliegan para dar forma al rito. El marco legal que lo preside es un paso esencial que legitima y da publicidad e inicio a la sucesión. Del mismo modo que, al reconocer los hechos, el cumplimiento de la ley sanciona, establece y crea el cambio en la Corona británica. El rito conecta y ordena los símbolos para gestionar la sintaxis del significado cultural. Envuelto bajo el abrazo sonoro de 96 salvas de cañón y hondas campanadas del Big Ben, sale el rey y su familia de Buckingham Palace tras el féretro, los cuatro hijos de la reina ordenados por edad a la izquierda del rey Carlos III y, tras cada uno, sus hijos respectivos. El orden sucesorio se hace visible: la familia aparece como modelo natural que legitima la sucesión, el orden del parentesco se hace ley y proyecta la continuidad en la historia. El rito toma de la cultura compartida la fe en la familia y el parentesco para hacer visible y creíble la creación monárquica de la dinastía que, en su despliegue por las calles, palacios y edificios religiosos, ellos mismos representan con su orden y acción.

El rito tuvo música, lecturas, discursos, uniformes, una campanada cada tres minutos, salvas de honor, joyas, colores de luto y heráldicos, cabalgatas, paseo a pie y en coche, sombreros y saludos, ¡vivas! y voces militares, así como silencio, lágrimas, emoción y contención, un ritmo lento y una gran coordinación. Siete personas (cinco militares, un policía y personal de palacio) se desmayaron. Más de cuatrocientas personas necesitaron asistencia médica mientras esperaban para despedir a la reina. Escuchamos cómo muchos destacaban la maestría inglesa en el despliegue teatral del drama, como si un invisible maestro de ceremonias estuviera dirigiendo la escena desde el imaginario cultural compartido a modo de puente de mando. Pero esa perfección no es solo fruto de la previsión y del ensayo; se alcanza cuando la acción es auténtica, es decir, cuando cada gesto encaja con los demás y se suma con naturalidad, con la elegancia espontánea que nace de la fe en lo que se hace. No me refiero a la fe anglicana, ni solo a la creencia en la monarquía, que son solamente una parte del total, sino a la creencia inconsciente, a la *creencia orteguiana* en la que están los actores al compartir ese largo ensayo de la Historia que es la cultura.

La acción es voluntaria, pero la creencia en la que se apoya su fe no la decide el actor, la encuentra y asimila inadvertidamente al crecer en el ambiente creado por la historia como algo natural, inevitable. Ni tan siquiera piensa que se trate de una creencia, sino de la mera realidad. Esa fe hace que *sueñe el rey que es rey, y viva/con este engaño mandado* (escribía Calderón) como un reflejo borroso de la obra de sus vasallos, de esa obra colectiva y ciega que es la historia. Pero el rey –o reina– no es solo un sueño, una creencia, es, también, una persona. Como persona puede recibir la corona o abdicar... Tampoco basta con ser persona. No cabe, por ejemplo, en nuestro país, que alguien, contrariando el artículo 57 de nuestra Constitución, se proponga a sí mismo como rey, pues ha de ser propuesto por la Cortes Generales una vez «extinguidas todas las líneas llamadas en Derecho». Que nos resulte tan chocante imaginar que alguien pudiera ofrecerse por propia iniciativa sin estar en la línea sucesoria, ayuda a comprender la honda unión del símbolo y la persona en nuestra cultura, la fuerza de la creencia en la unión del sujeto y su identidad en la persona que es o no rey, a la cual ha contribuido, claro está, una larga sucesión en la historia.

Todos han recordado cómo recayó en Isabel la corona de su tío Eduardo VIII que, solo por la renuncia de este, le llegó a su padre Jorge VI y, a su muerte, a ella. Nada de esa historia ha sido banal, pues su asunción ha contribuido en gran medida al prestigio y reconocimiento de la reina Isabel II. La herencia biológica, las capacidades y sentimientos de las personas implicadas en aquella sucesión, su conducta y sanción desde unas creencias en el honor y la familia, han afectado al significado de los hechos de entonces y también de ahora, a pesar de mediar entre 1936 y 2022, no solo los cambios tecnológicos citados y más de ochenta años, sino también una Guerra Mundial y el terrorismo del IRA. Precisamente, el cambio de nombre (de Príncipe Alberto al de Rey

Jorge VI) que eligió el padre de Isabel II al asumir la corona de su hermano Eduardo VIII, subraya la diferencia entre la persona y el cargo, a la vez que con dicho cambio expresa la unión con su padre el rey Jorge V y difumina la arriesgada decisión de su hermano el rey Eduardo VIII.

## INTERPRETACIÓN DEL SIMBOLISMO RITUAL

Se han dado muchas versiones de la figura de Isabel II. Comentaré solo las que subrayan la duración de su reinado y el valor de su esfuerzo al asumir la corona en plena juventud y posguerra, pues son las pertinentes para entender el ritual tal como se desarrolló en Londres.

Recordaba Lisón en su discurso de ingreso que «el ritual... hace pasar al poder de un modo indicativo y denotativo a otro modo más subjuntivo, desiderativo... persuade emotivamente además de crear realidad política... [Los ritos] persuaden eficazmente porque apelan a todos los sentidos, al *totum* humano, incluido el inconsciente»<sup>2</sup>. Lisón señala un camino por el que debe proseguir la investigación al destacar esa unión entre poder político y poder simbólico-ritual, al reconocer que «todo poder tiene un lado oscuro y misterioso... todo poder reposa sobre premisas y fuerzas socio-místicas e inconscientes. La Antropología política necesita, en último análisis, apoyarse en la psicología»<sup>3</sup>. Pero ¿cómo operan esas fuerzas? ¿cómo vehiculan un contenido trascendente cuya energía es eficaz siendo inconscientes?

Si revisamos las filmaciones del funeral de la reina Isabel II veremos, sin duda, la emotividad y persuasión lograda en todos los participantes, con independencia de su rol en el rito, graduando su intensidad en función de su proximidad y distancia a la reina. La asignación de lugares a los participantes prueba el peso del parentesco, tan importante y tan unido en toda monarquía al valor del cargo, al lugar en la estructura política del reino, como modo elegido para enraizar, mediante la sangre, al sujeto con la historia. Al unirse en el rito el cuerpo biológico del rey con el parentesco y con la trascendencia del cargo, se plantea desde el inconsciente un reto a la imaginación del pueblo. Su cuerpo ha sido gestado en la historia de la familia por la fuerza de la creencia en el significado de lo que se simboliza en la corona. La gente necesita concebir dicha unión de opuestos (cuerpo y símbolo) de algún modo que la legitime y la haga creíble, sobre todo cuando la sociedad ha crecido en el tiempo y en el espacio más allá del mundo familiar y tribal hasta constituir un imperio en un

---

<sup>2</sup> LISÓN TOLOSANA, C., *op. cit.*, p. 156. Dejo a los historiadores el estudio de las condiciones materiales que hacen posible ese poder, así como sus críticas al mismo, para centrarme en el rito.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 157.

ámbito global ampliamente secularizado. Esta unión de los dos cuerpos del rey, vigente aún en un mundo moderno, exige una mirada estereoscópica –comparativa y elíptica, desde varios focos del contexto– que dé profundidad a la observación consciente del analista, para ajustarse así a la observación espontánea de los actores, que cuentan en su imaginario cultural con la valoración de la historia como experiencia propia.

El rito ha recibido la calificación de Funeral de Estado. Al compararlo con el funeral de Jorge VI constatamos que el esquema es idéntico. Solo hay pequeñas diferencias personales, al ser un hombre o una mujer monarca, o por la despedida del gaitero de la reina y los himnos y oraciones preferidas por uno u otro monarca. Igualmente, comprobamos diferencias tecnológicas, tanto en la retransmisión como en el sobrevuelo de aviones a reacción. Sin tratarse de un monarca, en 1965 se despidió a Winston Churchill también con un Funeral de Estado, con similar sobrevuelo de aviones a reacción, en este caso sobre el Támesis, pues se trasladó en barco el féretro hacia su destino final, mientras que el de la reina se trasladó en coche al castillo de Windsor. El rito, aun con sus semejanzas, no es una mera fórmula universal, en cada caso se adapta a la singularidad de la persona que fallece. Cada celebración es un caso único, histórico, que se erige sobre una estructura similar.

Cabría pensar que esas diferencias son obvias y carecen de interés, sin embargo, se trata de detalles que muestran cómo las decisiones tomadas con tanta naturalidad eligen entre todas las posibilidades imaginables aquellas que subrayan la especificidad cultural de cada persona por la que se celebra el rito y, al hacerlo, nos desvelan qué características sienten los actores que expresan ese punto singular en el que una u otra persona ha unido su biografía con la Historia de la nación y con el Reino, esto es, cómo los dos cuerpos se unen solo con cierto tipo y calidad de la acción en la Historia colectiva. A su vez, solo al comparar vemos las semejanzas, y así se destaca la estructura formada con la fuerza de las creencias culturales.

Churchill no fue rey sino primer ministro. Ha habido muchos otros primeros ministros, pero Sir Winston ganó una guerra especial, aún muy recordada y representada en cine y series de televisión. El buen recuerdo parece predominar sobre las pérdidas en otras batallas. Esto significa que el imaginario colectivo jerarquiza su memoria de un modo selectivo, instintivo, guiado por valores que refuerzan el orden vigente para seguir asegurando su vigencia, algo clave en la supervivencia de los grupos, manejable solo hasta cierto punto, pues no cabe forzar la historia contra la verdad sin herir esa vigencia. Cuando el féretro de la reina pasa por Whitehall, frente al Cenotafio que recuerda a los caídos en las guerras, los uniformados, incluido el príncipe de Gales –vista a la izquierda– saludan. Periodistas británicas y españolas, al observar el ritual y el ambiente vivido en Londres desde el anuncio del fallecimiento de la reina, destacaron la continua referencia a algo más allá del luto por su muerte; perciben

cómo pesan los distintos estratos de la historia del reino, desde el confinamiento por la pandemia al Brexit, desde el pasado al recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, desde entonces hasta las palabras de la reina dando ánimo al presente con la canción *We'll meet again*; en sus palabras, «estamos asistiendo al entierro del siglo xx». No se referían solo al entierro más llamativo del siglo, sino al entierro del propio siglo, a su entierro metafórico, al cambio de época.

Margaret Thatcher también fue primera ministra y también ganó una guerra, pero a la luz de la historia sentida por la gente, a la luz de su memoria, Lady Thatcher no encarna el mismo significado. No tuvo un funeral de Estado, sino Ceremonial. Tampoco Lady Di lo tuvo (aunque fue masivamente seguido en todo el mundo). Sí lo tuvieron en sus respectivos países, John F. Kennedy, Charles De Gaulle y François Mitterrand, presidentes de repúblicas que habían abolido la monarquía. Ese fue también el caso de Giulio Andreotti que, aunque sumó muchos cargos y presidió siete veces el Consejo de ministros, nunca presidió la república. De todos los citados se recordaron en los discursos los valores e ideales que guiaron su vida pública. La grandeza —la *grandeur*— y el honor no son algo propio solamente de imperios monárquicos, tampoco algo adscrito mecánicamente al desempeño de un cargo. Más allá de lo legislado en cada país, republicano o monárquico, la relación de la persona con su significado público, la difícil unión de sus dos cuerpos, no está en manos solo de la ley sino también de la conducta y de la historia. No se despiden solo a Elizabeth Alexandra Mary Windsor, ni solo a la Reina Isabel II, se trata de un adiós a la Historia, a una época; lo que observamos es la fase de un rito de tránsito tan inacabado como la historia, un proceso que se detiene en esta fase para visibilizar el respeto sentido y debido —devuelto— por los valores morales que logró mantener simbolizados con su conducta, hasta que en la siguiente fase se culmine con la coronación del sucesor<sup>4</sup>. No se trata solo de sancionar el cambio de estado en la persona de la reina por su muerte, sino de producir un cambio en la conciencia de los ciudadanos. Más allá de la persona Isabel de Windsor hay unidades analíticas más amplias de la que ella es solo una parte: la cultura —no solo el rito— en su proceso histórico. De ahí que el respeto ciudadano encarna inconscientemente el valor trascendente de la Historia que ese morir y nacer del tiempo representa, y que al representarlo el rito nos lo hace sentir.

Reyes y presidentes están ante la historia, estamos todos en ella, en ese punto en el que la historia se carga de significados vividos y se hace memoria, en el que nosotros la hacemos y ante ella respondemos. Unos y otros somos hijos del pasado y de nuestra época. El respeto que en ese tránsito reciben las personas públicas se produce a pesar de la sombra que proyecta siempre el poder. Los errores, la corrupción, los escándalos y sobre todo la mentira, van

---

<sup>4</sup> El texto se escribe y entrega a la imprenta antes de la celebración de la coronación de Carlos III, prevista para mayo, 2023.

minando la imagen ideal que, a pesar de todo ello, queda en pie proyectando una luz que traspasa la sombra que la envuelve. Amasar el pan de la historia ensucia las manos, pero tiene que repartirse con justicia para que alimente a todo el pueblo. No basta con ganar unas elecciones o una batalla. En Occidente, cada vez son más los que ven desnudo al emperador, al zar o al presidente, a toda persona pública. Este cambio en la historia subraya la dependencia contextual del traje del rey, de su cuerpo trascendente. Con todo, el desencanto no niega la trascendencia, precisa, más bien, que ese cuerpo con el que se viste y presenta solo trasciende si encarna el valor que se teje en el contexto histórico. Solo si el reparto es justo, si no hay mentira y se percibe la correspondencia entre los límites que imponen las circunstancias y el esfuerzo del príncipe, su luz traspasará la sombra y proyectará esperanza, pues esa luz no es solo personal sino histórica, creada con los valores y su narración mitológica, arquetípica. Tras el juicio moral ciudadano siempre ha habido un aliento democrático que hace balance ante los hechos.

Es cierto, también, que tan gran celebración constituye a la vez un espectáculo que produce ingresos mediante el turismo, no solo en Londres, sino en todo el mundo, dado el seguimiento masivo del mismo en todo Occidente. El rito, como destacaba F. Vallespín, no solo tiene una utilidad política sino comercial, que puede destruir el aura y banalizarlo. Si la proyección de la serie *The Crown* preparó al público a la espera de un final, y el rito casi ha cumplido la amarga función de *spoiler*, eso mismo prueba la fluida continuidad entre ficción y realidad, arte e historia compartiendo y retroalimentándose con la energía de una misma creencia. No obstante, frente a dicha banalización, el despliegue del rito ante un público que participa y lo contempla, activa múltiples conexiones en el imaginario cultural y en la memoria de los actores. Desde un estado, tan inconsciente como el olvido que yace en esa memoria, responden las imágenes culturales que la larga historia humana fue configurando en forma de valores, mitos y arquetipos culturales aportando su fuerza. No debiéramos minusvalorar esa escalonada base estructurante del significado. De ahí, y no solo por su comercialización, que hayamos observado una respuesta ciudadana tan global.

Mary Douglas señalaba «que el determinante principal del ritualismo consiste en la experiencia de grupos sociales cerrados»<sup>5</sup>. Si aplicamos la tesis de la antropóloga oxoniense a su propia cultura, más aún en esos momentos en que grupos tan complejos como el Reino Unido o la Commonwealth necesitan un refuerzo de sus lazos, cohesión y unidad, en una sociedad tradicionalmente jerárquica –que marca las diferencias sociales, que valora la etiqueta, la formalidad y las distancias– no nos sorprenderá su estima por los rituales. En todo caso, que su dimensión espectacular pueda dañarlos no es culpa de los medios

---

<sup>5</sup> DOUGLAS, M., 1978: *Símbolos naturales*. Madrid, Alianza, p. 33.

de comunicación, es, más bien, fruto inevitable del cambio histórico de los valores, de la creciente diversidad interna en su sociedad, cambio que afecta a todo Occidente, tanto a monarquías como a repúblicas contemporáneas.

No toda monarquía ha sido despótica, ni toda república democrática, pero siempre ha pesado en el juicio colectivo la eficacia y la justicia, y esos principios –como la muerte– han igualado a reyes y presidentes. Así se observa en la semejanza de sus ritos funerarios. Esa gran similitud desvela la importancia que tiene simbolizar la unidad y trascendencia del grupo sobre sus miembros. Solo hay una diferencia en el modo de sucesión que ha crecido con la historia, pues también en su origen fueron los reyes elegidos como héroes capaces de aglutinar, dirigir y defender al grupo. Fue la valoración de aquel mérito que trascendía a la mayoría una experiencia que legitimaba la sacralidad del rey. Al no heredarse sino elegirse en las repúblicas se busca no solo un mérito que legitime al líder, sino también la fuerza mayoritaria. En ambos casos, reyes y presidentes reciben tan alto respeto por simbolizar la unidad por encima de las divisiones del pueblo. Las monarquías cayeron y dieron paso a repúblicas tras revoluciones que estallaron por la ineficacia y la injusticia de quienes sumaban distintos poderes, pues el rey, aunque accediera heredando el trono por su lugar en la línea del parentesco, también debía ganar la duración de su dinastía apoyada por la fuerza de sus partidarios.

A la diferencia en la sucesión, se suman otras diferencias procedentes de la historia y de la personalidad de quien ostenta la jefatura del Estado. Siendo hoy los poderes de rey y presidente en ambos casos limitados por las respectivas constituciones<sup>6</sup>, en términos generales tienden a ser menores las competencias en las monarquías parlamentarias, quizás a cambio de una expectativa mayor en su capacidad para simbolizar la historia colectiva y la autonomía de la persona. De esa combinación gana el arquetipo del rey su fuerza.

Pero ¿cómo una estimación popular basada en el peso de experiencias acumuladas, puede traducirse en un empuje que mueva la historia y vea, al creer en lo que se le representa en el imaginario, un futuro esperanzador que traspasa las sombras? Siempre se han subrayado la infraestructura y el liderazgo como factores del cambio. No cabe olvidar que no hay en realidad infraestructura sin superestructura, que la dialéctica entre ambas es tan eficaz como inevitable. Los líderes son eficaces si leen con inteligencia el sentido de los vectores que emergen de las tensiones infraestructurales en la historia y hacen propuestas que puedan ser entendidas por quienes sufrieron las experiencias. Pero su lectura y la intelección de sus propuestas es un proceso superestructural. Unos

---

<sup>6</sup> Véase HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, M., 2017: «Las funciones interconstitucionales del jefe del Estado parlamentario». Real Academia de CC. Morales y Políticas, sesión del 17 de enero. Agradezco a los miembros de la Real Academia de CC Morales y Políticas los comentarios a esta ponencia que me han permitido matizarla tras la sesión del 14 de febrero del 2023.

y otros leen la historia desde el lugar estructural que condiciona a grandes rasgos su interpretación. Tanto sus diferencias como lo que comparten siempre opera a través de la interpretación. No solo interpreta el analista. Todos observamos nuestro tiempo. Todo actor interpreta su época en pos de una energía que ponga en movimiento su vida.

Si atendemos a los hechos de la historia parece que siempre ha sido necesario, tras la división analítica que categoriza los componentes de la circunstancia, unir en una síntesis su figura para que el yo –todo yo en toda circunstancia– se haga una imagen suficiente de la situación en la que ha de decidir su proyecto vital. Los lugares personales, aunque sean propios de cada cual, como bien sabía Ortega, nunca son solitarios, la generación y la época hacen común la circunstancia cuya estructura facilita semejanzas y coincidencias en la interpretación. Esa figuración con la que se percibe el sentido de la época ya no es, pues, meramente personal ni exclusiva de líderes concretos. Aun cuando la proponga un sujeto, no está en sus manos sino en las de todos, es un fruto de la historia. Su fuerza nace de la necesidad colectiva de contar con una imagen unitaria, una imagen que consista en un relato, una historia con sentido. No es un único factor, sino un conjunto de condiciones lo que mueve la historia. Pero tras los hechos, bajo la estimación colectiva, subyace algo más básico como clave de la figuración de unidad: su necesidad estructural, cuya forma –la concreción del relato– variará, obviamente, según sea la circunstancia.

En cualquier caso, el rito siempre será una acción teatral, una ficción –no una mentira<sup>7</sup>– un anclaje en el que el espíritu creador del hombre se apoya para hacer ver una fe, para, al darle un cuerpo a esa fe, crear una realidad. Pero esa realidad solo llega a ser si tiene fuerza, aliento vital, si la acción responde con autenticidad a una necesidad que es verdadera por nacer como exigencia de la estructura de la historia. El rito es un gesto que solo es eficaz si su ficción obedece a la verdad sentida desde la necesidad, y la unidad lo es. Como veía Jung, «en asuntos metafísicos es verdadero lo que está en vigor... la vigencia es la única prueba posible de su verdad... para establecer una verdad metafísica no basta su pretensión de validez. También tiene que haber una necesidad igual de intensa por parte de muchos»<sup>8</sup>. No pretende Jung dar pábulo a ninguna falsa necesidad, ni intensificar y difundir alguna. La verdad del rito se funda en una vigencia histórica que no cabe improvisar, no solo por su duración superior a cada sujeto, sino también porque los significados que refieren los símbolos rituales «compensan la situación general de necesidad psíquica»<sup>9</sup> que, en este caso, apuntan a una muy básica: la necesidad de unidad y libertad en la que se funda la identidad de cada sujeto, así como de su sociedad. Pero ¿cómo puede

---

<sup>7</sup> Véase RICOEUR, P., 1987: *Tiempo y narración*, tomos I, II y III. Madrid, Ediciones Cristiandad.

<sup>8</sup> JUNG, C. G., 2016 (1954): *Mysterium Coniunctionis. Obra Completa*, vol. 14. Madrid, Trotta, p. 525.

<sup>9</sup> *Ibid.*

el funeral de la reina encarnar significados que compensen inconscientemente una necesidad de unidad y libertad, no ya de la nación, sino de los ciudadanos? Muchos aspectos del ritual aportan su carga simbólica constelando valores y arquetipos en esa dirección, pero siempre fundando su valor en el sentir primordial de una radical libertad, la que nace de la voluntad determinada inconscientemente como necesidad del sí mismo.

El inconsciente colectivo late en el fondo estructural de la historia, es, pues, compartido, envuelve a todo ciudadano, e irrumpe en el interior de cada uno, constituyendo una fuerza tan personal como colectiva, de la misma naturaleza que la interacción social en la que se activa, un hecho de cada sujeto y colectivo a su vez. La base arquetípica de la necesidad de unidad acerca el modelo monárquico y el republicano en sus más altos símbolos, si bien, el carácter genérico de los arquetipos no explica sus diferencias. La figura de la reina, del rey o del presidente o presidenta no dependen solo de arquetipos. Lo que late en el fondo de la historia son, sobre todo, los hechos que han construido cada distinta historia, la memoria de experiencias cargadas de valor que en esas distintas figuras se resume. Volvamos, pues a observar y pensar el ritual.

Los restos mortales de la reina ocupan el lugar central del rito. A su vez, los actores que lo desarrollan se coordinan a su alrededor como un solo ser. Los soldados uniformados borran sus diferencias personales, no solo con el paso al desfilar, sino en el manejo del ataúd. La diversidad personal desaparece como si el grupo fuese un mecanismo unitario. El hieratismo solo es inexpressivo de la singularidad personal, pero es el vehículo de la solemnidad, una forma de crear la referencia del símbolo ritual a su realidad trascendente colectiva. El féretro solo así se puede manejar, reconociendo en él el máximo respeto a la grandeza de los valores que encarna, y ese reconocimiento lleva a difuminar lo personal para transformar a los muchos en una unidad de otro orden. El giro de las procesiones por las calles de Londres fue perfecto, como puede observarse en las filmaciones, porque solo esa perfección crea la unidad de un solo cuerpo trascendente: el país, la nación, como un solo cuerpo que lleva en su centro, en su corazón, el cuerpo de la reina como símbolo de la Commonwealth y el Reino Unido, de todos quienes lo son, y de cada uno como ser que es quien es siendo británico, canadiense, australiano, indio, etc.

Sin duda, la identidad ha sido un tema cargado siempre de tensión y violencia, no solo por las guerras en defensa de fronteras, o del propio espacio vital, sino también por actos terroristas. Sin embargo, olvidamos que la identidad de la persona, su unidad y libertad, es un logro de la evolución, un logro costoso, pues ha transformado nuestra animalidad en humanidad. Una vez alcanzado el lento logro de la conciencia de sí, toda sociedad ha desplegado una infinidad de estrategias culturales destinadas a cuidar, proteger y reafirmar tan sutil y delicado logro del grupo y de la persona. No solo la educación y formas de trato, la medicina y terapias, sino también el arte, los rituales, las creencias

y los mitos, las categorías y valores en torno a la persona y el grupo, basculan su atención hacia esa conciencia de sí como centro, al logro de su autonomía y unidad. Comentando la importancia de la libertad en la constitución de uno mismo, de su propia identidad, elegía un informante el modelo del rey al expresar: «todos tienen su propio reino dentro». Las figuras del rey o reina, son imágenes simbólicas en las que se condensa a modo de cúspide ese largo proceso constitutivo.

*La reina ha muerto. ¡Viva el rey!*, no es una mera expresión, sino un símbolo de la resurrección en la continuidad de esa conciencia que colma la necesidad primordial del ser individual y colectivo. El arquetipo reúne en su estructura la tensión entre el valor de la plena autonomía de la voluntad –la voluntad del rey– y la plena sujeción al deber al servicio de la nación. El gran poder y la gran restricción, unidos como monarquía parlamentaria, no son una mera representación, una elegante falsedad. Castillos, joyas, *the firm*, el gran patrimonio y el personal de servicio, abrir el Parlamento, hablar a la nación, promulgar las leyes, firmar documentos, otorgar títulos nobiliarios y rentas, muestran –como símbolos– la posibilidad de aquella voluntad plena y autónoma, en la que desemboca, como representación, la evolución psíquica de nuestra especie, aunque en los hechos el gran poder solo lo ejerza la reina a través de un sutil consejo, con elegancia y prudencia, mediando siempre con inteligencia. Por otra parte, esa restricción es el reconocimiento del poder trascendente de la historia y el pueblo, que se expresa como peso del deber en el servicio a la nación, y ante cuyo valor se inclina la voluntad de la persona de la reina.

El ritual, al sacar a la luz los contenidos simbolizados, satisface la necesidad inconsciente de cada persona de la voluntad de poder, de su autonomía y, en paralelo simboliza los límites del deber y de la muerte en el contexto del círculo en cuyo seno cada cual es quien es. Esa fidelidad a sí mismo, «la radical *libertad* de la persona» como «autenticidad»<sup>10</sup>, es también respuesta a la exigencia de serlo, «una combinación extraña de necesidad y libertad»<sup>11</sup>. La persona, decía Marías. «no elige su proyecto personal o vocación, sino que se siente ‘llamada’ a él... Además, esto tiene que hacerlo con una circunstancia impuesta»<sup>12</sup>. Pero llegar a este complejo resultado de la noción de *persona* y del *yo*, como categoría del espíritu humano, es fruto de una larga evolución cultural sobre la que escribió Marcel Mauss en 1938<sup>13</sup>. No es solo un fruto de Descartes, Spinoza, Hume, Kant y Fichte, sino de toda la historia que dio paso a Occidente desde la Grecia clásica, la espiritualidad judía, el derecho romano y la cristiandad, así como de un sinfín de experiencias colectivas de todos los pueblos. Los estratos de la historia han ido sumando experiencias básicas e intensas,

---

<sup>10</sup> MARÍAS, Julián, 1996: *Persona*. Madrid, Alianza Editorial, p. 71.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>13</sup> MAUSS, M., 1971: *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos.

reforzadas y contempladas en ritos de iniciación y de tránsito que, unidas a la experiencia social continuada en tan larga historia, a las narraciones populares, mitos y creaciones en todas las artes, han configurado el psiquismo y la cultura que ahora observamos en un rito funerario.

*God save the King!* no es enteramente equivalente a *¡Viva el Rey!* Esta última expresión es más similar a *¡Viva la República!* Queda en la expresión británica del imperativo subjuntivo, a modo de oración, una referencia más explícita a la trascendencia. La expresión inglesa encaja mejor con la consagración monárquica lograda en su historia. El Eterno se corresponde con el rey y queda solo Él por encima del rey a quien salva. La expresión española no cambia con la forma del Estado: *Viva el rey* tiene la misma forma que *viva la república*, pero no se usa *viva el presidente* de la república, como tampoco se dice *viva la monarquía*. La simbolización que la historia vierte en la figura de la reina o del rey subraya la unidad de la persona y el reino<sup>14</sup>, su trascendencia y raíz religiosa, así como su profundidad en el tiempo –más, claro está, en el caso de tan largo reinado como el de Isabel II.

Al decir *viva la república*, ni se nombra a Dios, ni se nombra al presidente. Hay Isabel I o II, como también Primera o Segunda República. Las repúblicas tienen número ordinal como los reyes del mismo nombre (que puede no ser el suyo, como en el caso de los Papas) pero no los presidentes. De ese modo, al despersonalizar la república, se subraya inconscientemente la importancia de la *estructura*, el valor del *sistema*, que es una categoría con menos profundidad histórica, pero que está muy presente en el imaginario cultural de nuestra época en casi cualquier campo de experiencia. Ese énfasis estructural frente al histórico, subraya la importancia de las partes y de las relaciones entre los componentes del sistema. Ese paso de la *persona* a un *sistema* resume en términos simbólicos el gran cambio cultural sufrido, al menos, desde el antiguo régimen a la modernidad, el paso de la Ilustración al Romanticismo y, en la línea del nihilismo, a la sociedad postsecular. No solo se distingue entre *sistema* y *persona*, sino que también se tensan ambas categorías: la impersonalidad del sistema frente a la unicidad del presidente, de su persona, con el nombre que condensa en su identidad su historia personal.

El énfasis estructural –inconsciente– en el sistema, en su mecanismo, subraya su tensión con la persona en otro sentido adicional: la dificultad moderna para determinarse que caracteriza la cultura de nuestro tiempo, la tensión entre la implícita confianza en la inexorabilidad de los mecanismos frente al valor de la voluntad que se mueve sin mecanismo. En ese sentido, la imagen arquetípica del rey versus la de presidente quedan correctamente representadas en sus últimas diferencias con los cambios de las expresiones comentadas. Rey

---

<sup>14</sup> Del mismo modo que el informante tomaba la imagen del rey como paradigma de la libertad.

o reina se sitúan con su número ordinal en la serie histórica, en su profundidad en el tiempo colectivo, preservando su intimidad lo más posible bajo el manto y corona de su cuerpo trascendente, público.

El funeral de Isabel II, como rito de tránsito aun inacabado a la espera de la coronación de Carlos III, cierra la era isabelina. A lo largo de los setenta años de su reinado, el cuerpo trascendente de la reina, sin perder su profundidad histórica, ha tenido que ir transparentándose; su símbolo ideal de plena libertad y sujeción al deber no desaparece, pero se transforma, se matiza tanto su libertad –al tener que aceptar divorcios y decisiones que había deseado evitar– como su sujeción y servicio, con el pago de impuestos. Esos cambios no solo garantizan la continuidad de tan longeva monarquía, sino que revelan la fuerza de la historia, la trascendencia de significados que escapan al poder de su firma, como a cuanto creen los ciudadanos que pueden realizar.

## BIBLIOGRAFÍA

- DOUGLAS, M. (1978): *Símbolos naturales*. Madrid, Alianza.
- HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, M. (2017): «Las funciones interconstitucionales del jefe del Estado parlamentario». Real Academia de CC. Morales y Políticas, sesión del 17 de enero.
- JUNG, C. G. (2016, 1954): *Mysterium Coniunctionis. Obra Completa*, vol. 14. Madrid, Trotta.
- KANTOROWICZ, E. (1985, 1957): *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid, Alianza Editorial.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1991): *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*. Espasa Calpe, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- MARIAS, J. (1996): *Persona*. Madrid, Alianza Editorial.
- MAUSS, M. (1971): *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos.
- RICOEUR, P. (1987): *Tiempo y narración*, tomos I, II y III. Madrid, Ediciones Cristiandad.